

RECONCILIADOS

Sobre la reconciliación

y mayor colaboración entre

EN

católicos hispanos

y católicos afroamericanos

CRISTO



Comité de Diversidad Cultural en la Iglesia

Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos

EDICIÓN EN ESPAÑOL

RECONCILIADOS EN CRISTO

*Sobre la reconciliación y mayor colaboración
entre católicos hispanos
y católicos afroamericanos*

Y él es la cabeza del cuerpo, es decir, de la Iglesia,
él que renació primero de entre los muertos,
para que estuviera en el primer lugar en todo.
Así quiso Dios que «el todo» se encontrara en él
y gracias a él fuera reconciliado con Dios,
porque la sangre de su cruz
ha restablecido la paz tanto sobre la tierra
como en el mundo de arriba.

(Col 1:18-20)

Los comités del NCCB para Católicos Afroamericanos y para Asuntos Hispánicos dialogaron durante varios años sobre la relación positiva y las tensiones que, con frecuencia, existen entre ambas comunidades. En su diálogo, los comités discutieron las raíces culturales que comparten, sus historias comunes, sus líderes, héroes y heroínas, sus desafíos y sueños y la necesidad de trabajar por el bien común dentro de la Iglesia y la sociedad. Los comités trabajaron en la elaboración de *Reconciliados por Cristo* para lograr que la Iglesia sea más consciente y muestre más sensibilidad a la necesidad de colaboración y reconciliación. El documento que fue preparado por ambos comités, está dirigido especialmente a los líderes pastorales que trabajan con católicos afroamericanos y con católicos hispanos, ya que juntos enfrentan muchos desafíos similares. En septiembre de 1996, el Comité Administrativo de la Conferencia Nacional de Obispos Católicos aprobó la publicación bilingüe de *Reconciliados por Cristo*, y su publicación fue autorizada por el que suscribe.

Monseñor Dennis M. Schnurr
Secretario General,
NCCB/USCC

RECONOCIMIENTOS

Los miembros de los Comités de la Conferencia Nacional de Obispos Católicos (NCCB) para Asuntos Hispánicos y para los Católicos Afroamericanos junto con sus respectivos obispos asesores han contribuido para el desarrollo de esta declaración con varias revisiones meditadas y constructivas.

El Comité para Asuntos Hispánicos incluye a Mons. Roberto González, OFM, presidente; Mons. Manuel Moreno; Mons. John Nevins; Mons. Sean O'Malley, OFM; Mons. Raymundo Peña; Mons. Plácido Rodríguez; y Mons. James Tamayo. Los asesores son Arzobispo Patricio Flores, Arzobispo Francis George, y los obispos son: Mons. David Arias, OAR; Mons. Gerald Barnes; Mons. Gilberto Chávez; Mons. Alvaro Corrada, SJ; Mons. Francisco Garmendia; Mons. René Gracida; Mons. José Madera, MSPS; Mons. William Murphy; Mons. Armando Ochoa; Mons. Ricardo Ramírez, CSB; Mons. Agustín Román; Mons. Carlos Sevilla, SJ; Mons. Arturo Tafoya; Mons. René Valero; Mons. Gabino Zavala; y el muy reverendo Lorenzo Albacete.

Los miembros del Comité para Católicos Afroamericanos son Mons. Curtis Guillory, SVD, presidente; Mons. Moses Anderson, SSE; Mons. John Cummins; Mons. Thomas Daily; Mons. William Friend; Mons. Leonard Olivier, SVD; y Mons. Ricardo Ramírez, CSB. Los consultores son: Mons. John Ricard, SSJ; Mons. Edward Braxton; Mons. Dominic Carmon, SVD; Mons. Joseph Francis, SVD; Mons. Wilton Gregory; Mons. Joseph Howze; Mons. George Murry; Mons. J. Terry Steib, SVD; y Mons. Elliot Thomas.

Deseamos expresar nuestra gratitud de una manera especial por las contribuciones del subcomité redactor: La Doctora Ruth Narita Doyle de la Arquidiócesis de New York, Mons. Edward Braxton y Mons. Ricardo Ramírez, CSB.

Las citas bíblicas fueron tomadas de la *Biblia Latinoamericana*, con derecho de impresión de Ramón Ricciardi y Bernardo Hurault 1972, Ediciones Paulinas Verbo Divino. Usada con permiso. Todos los derechos reservados.

Primera impresión, febrero de 1997

ISBN 1-57455-025-X

Copyright © 1997, United States Catholic Conference, Inc., Washington, D.C. Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este trabajo puede reproducirse o ser transmitida en forma o medio alguno, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabados, o por cualquier sistema de recuperación y almacenaje de información, sin el permiso por escrito del propietario de los derechos.

Índice



Prólogo a la edición de 2013.....	v
Prefacio	vii
Introducción	1
I. Identificamos desafíos comunes	3
1. Raíces históricas.....	3
2. Antecedentes y experiencias raciales comunes	4
3. Compartiendo los vecindarios	5
4. Familias extendidas.....	5
5. Recursos socioeconómicos limitados	6
6. Dirigentes espirituales comunes.....	7
7. Dirigentes morales contemporáneos.....	7
II. Buscamos la reconciliación	9
III. Celebramos nuestro progreso	13
IV. Trabajamos juntos	15
Los planes pastorales.....	16
Recomendaciones específicas.....	17
Notas	19
Apéndice	21

Prólogo a la edición de 2013

Cuando publicamos esta declaración conjunta en 1997, los obispos afroamericanos e hispanos de Estados Unidos reconocimos nuestros puntos en común. Reflexionamos sobre los diferentes dones, desafíos y oportunidades que católicos hispanos y afroamericanos ofrecen a la Iglesia y la sociedad en general, por iniciativa propia a través de la gracia de Dios y, fundamentalmente, como colaboradores animando la misión de Jesucristo.

Después de varios años desde su publicación, el corazón y la esencia de nuestro mensaje aún permanecen válidos. Si bien se ha logrado cierto desarrollo en el objetivo de la cooperación mutua, lamentablemente seguimos observando casos inaceptables de separación y aislamiento en nuestro ministerio ejercido en parroquias, diócesis y organizaciones católicas. Como pastores, estamos conscientes de que las circunstancias actuales exigen que reiteremos nuestro mensaje y profundicemos su urgencia. Debemos recordar todos los días que el Señor nos concedió el ministerio de la reconciliación, por lo que el Espíritu Santo guiará y alimentará nuestros esfuerzos.

*“Toda persona que está en Cristo es una creación nueva.
Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha llegado.
Todo es obra de Dios, que nos reconcilió con él en Cristo
y que a nosotros nos encomienda el mensaje de la reconciliación”*

(2 Co. 5:17-18).

Esta nueva edición digital de nuestra declaración *Reconciliados en Cristo* omite los datos demográficos y fotografías anteriores; elementos que han perdido vigencia y que pueden desviar nuestras observaciones y conclusiones respecto a nuestra cooperación. Además, reconocemos que este llamado a una mayor colaboración no se limita sólo a los católicos afroamericanos e hispanos, sino que también puede servir como un recurso valioso para otras comunidades diversas y para la comunidad en general.

Recientemente, los obispos hispanos y afroamericanos hemos usado reuniones nacionales para entrar en un diálogo público sobre este tema. Nos comprometemos a promover una continua reflexión, discusión y colaboración en nuestras comunidades. Por ello, les pedimos crear oportunidades de diálogo productivo, trabajo en equipo, proyectos conjuntos y recursos de mutuo beneficio a fin de promover la educación católica y la catequesis de adultos, el desarrollo de liderazgo y el aumento de las vocaciones y de todas las dimensiones de la vida eclesial en ambas comunidades.

Reconciliados en Cristo

El Cuerpo de Cristo será reforzado cuando nos encontremos como hermanos y hermanas. Oremos por la reconciliación como Jesús oró la noche antes de morir:

“Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti. Que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn. 17:21).

Esperamos que esta nueva versión sirva como un modelo y una fuente de aliento para una mayor colaboración y reconciliación dentro del Cuerpo de Cristo. Que sus esfuerzos y los nuestros superen la imaginación humana, para la gloria de Dios.

Obispo Gerald Barnes, Presidente,
Subcomité de Asuntos Hispanos

Obispo Shelton J. Fabre, Presidente,
Subcomité de Asuntos Afroamericanos

Prefacio

La situación cambiante de nuestros barrios, y por lo tanto nuestras parroquias, está creando nuevos desafíos para el ministerio y el culto. Grandes cambios demográficos y sociales afectan los valores personales y de las familias. Todo esto crea nuevas comunidades—comunidades donde sus miembros no vienen de la misma cultura, no conocen sus historias y, con frecuencia, no hablan el mismo idioma. Equilibrar las necesidades y las ambiciones de tan diversas comunidades puede ser una tarea difícil.

Como miembros de los Comités para los Afroamericanos y Asuntos Hispánicos, escribimos esta declaración para ayudar a los dirigentes pastorales y a los profesionales de la pastoral a que comprendan más profundamente a estas dos comunidades diversas que hoy se encuentran viviendo muy cerca una de otra, tanto en su vida social como en su parroquia. Hemos escuchado en varios lugares donde se ha consultado, y también nos hemos dado cuenta en todas partes donde nos lleva nuestro ministerio como pastores, que la vida en estas nuevas comunidades es difícil y muy competitiva. Muchas personas buscan ejemplos concretos para ver cómo se puede lograr que las comunidades católicas afroamericanas e hispanas fomenten relaciones amistosas. No todas las parroquias tienen estas dificultades pero un número suficiente de ellas las tienen y eso nos preocupa.

Creemos que esta declaración presenta un intento modesto de responder a esas preocupaciones y de promover un sentido de comunidad, una fuente de gozo e inspiración y un sentido de responsabilidad mutua. Deseamos que nuestras comunidades procuren crear modelos de colaboración en la fe y el amor ante la diversidad cultural que surge en todo el mundo, y al prepararnos para el Gran Jubileo. Es también nuestro deseo que este esfuerzo anime un gran espíritu de apertura y colaboración con los otros grupos raciales y étnicos que nos rodean.

Por esto, los miembros de los Comités de la Conferencia Nacional de Obispos Católicos (NCCB) para los Asuntos Hispánicos y para los Católicos Afroamericanos junto con sus respectivos obispos asesores tuvieron varias reuniones para tratar sobre la cooperación y comunicación entre nuestras respectivas comunidades católicas. Para alcanzar nuestras metas comunes en la evangelización creemos que es importante tener un documento que sirva como contexto para fomentar la unión y promover un ambiente de cooperación y colaboración.

Obispo Roberto González, OFM, presidente
Comité Episcopal para Asuntos Hispánicos

Obispo Curtis Guillory, SVD, presidente
Comité Episcopal para Católicos Afroamericanos

Introducción

Somos como dos barcos navegando en un mar tormentoso. Estamos en sendas paralelas pero debido a la poca comunicación nos es difícil ayudarnos mutuamente a encontrar nuestro camino. Nuestros barcos son de diferentes tamaños y de diferentes diseños. Los relámpagos nos ciegan e impiden ver la faz radiante de los otros y los truenos nos ensordecen e impiden escuchar los clamores de los que piden ayuda. Cuando llegamos a oírnos, el rugido del viento nos impide comprender lo que estamos diciendo. Pero desde nuestros barcos podemos ver una luz brillante que parece estar muy cerca y al mismo tiempo muy lejos.

Algunos dirían que esta es una buena descripción de los católicos hispanos y de los afroamericanos. El mar tormentoso es el mal de la discriminación y el racismo que nos impide trazar nuestros rumbos parecidos pero diferentes. Nuestros barcos singulares son nuestras historias y culturas distintas. El relámpago lo causan las fuerzas sociales, económicas, culturales y políticas que nos ponen a competir unos con otros para lograr educación, empleo, vivienda e influencia política. El trueno lo causan las frustraciones, las incomprensiones mutuas, las tensiones y los conflictos dentro de nuestros barrios, que se agravan por el cese de programas de ayuda tanto federales como locales. El rugido del viento es la comunicación masiva que, ávida de reportar conflictos humanos, exagera nuestras disputas. La luz brillante es Jesucristo que nos dirige y nos guía.

Nosotros, los obispos hispanos y afroamericanos, emitimos estas reflexiones para los dirigentes pastorales en nuestro país que sirven a 20 millones de católicos hispanos y a 3 millones de católicos afroamericanos aproximadamente. Lo hacemos con la esperanza de que nuestras voces, unidas a las de muchos otros, se escuchen claramente sobre los vientos rugientes, y nos animen a ser colaboradores, en lugar de competidores, para así enriquecer la familia humana y fortalecer la comunidad cristiana. Tenemos grandes deseos de hacer un verdadero esfuerzo pastoral que llene algunos vacíos que existen entre nosotros y que anime a nuestros pueblos a unirse para expresar plenamente la unidad en medio de la diversidad de la Iglesia. Las realidades pastorales y sociológicas de nuestras diócesis y el mandato de Jesucristo: “Vayan, y enseñen a todas las naciones” nos urgen a llevar a cabo esta nueva forma de colaboración pastoral como parte integral de nuestra misión de proclamar la palabra de Dios a todos. De esta manera, nuestras comunidades darán testimonio de la enseñanza del Concilio Vaticano II en su Constitución Dogmática sobre la Iglesia.

También en la constitución del cuerpo de Cristo hay variedad de miembros y de ministerios. Uno solo es el Espíritu, que distribuye sus diversos dones, para el bien de

Reconciliados en Cristo

la Iglesia, según sus riquezas y la diversidad de los ministerios. . . . [E]l mismo Espíritu . . . produce y urge la caridad entre los fieles.¹

Esta reflexión examina nuestros pasados, nuestros presentes y nuestros futuros; y está consciente de nuestras largas historias desde las raíces de nuestras comunidades católicas hispanas y negras con más de 500 años. Para los hispanos, esas raíces empezaron con el trabajo misionero en los estados fronterizos, donde el primer idioma para el apostolado en la Iglesia fue el castellano. Para los afroamericanos empezó con la llegada de los negros procedentes de la Hispaniola (lo que es hoy Haití y República Dominicana) a finales del siglo XVIII. (Apéndice A ofrece la historia de ambas comunidades católicas). Reconocemos nuestros desafíos comunes, reflexionamos sobre la necesidad de una reconciliación mutua; celebramos nuestros logros pasados; y nos comprometemos a trabajar juntos para nuestro futuro en la Iglesia y en el mundo. Hacemos esto con confianza porque compartimos una misma fe.

I. Identificamos desafíos comunes

Hay aproximadamente 26 millones de hispanos y 75 por ciento de ellos son católicos.² Hay 33 millones de afroamericanos³ y aproximadamente 10 por ciento de ellos son católicos. Estudios sociológicos sobre nuestras comunidades nos presentan con frecuencia como poblaciones sin relaciones con la sociedad estadounidense ni con la Iglesia. Muchos de estos estudios se han fijado en los conflictos dentro de los grupos en lugar de ver la cooperación y estos estudios pueden reforzar nuestras percepciones inadecuadas de cada uno. Sólo en años recientes se ha hecho el esfuerzo de explorar las relaciones entre los hispanos y los de descendencia africana.

No se necesita ser un gran erudito para reconocer las preocupaciones y las experiencias que nos han llevado a la desconfianza y a la división. Estas mismas realidades subrayan la urgencia de la cooperación. Muchos miembros de ambas comunidades son pobres. El resultado es que competimos por los mismos escasos recursos: escuelas de calidad, empleo estable, vivienda en barrios seguros y lo que mucho se necesita—becas y donativos por parte de fundaciones y otras fuentes. Nuestras dos comunidades se perciben como indiferentes a la política e insuficientemente conscientes de la fuerza para el cambio que podemos ser si participamos en el proceso político. Con la elección y el nombramiento de más personas negras a puestos políticos, algunos hispanos los perciben como sirviéndose a sí mismos, buscando ayuda sólo para “los suyos” e ignorando las necesidades de otros. Algunos políticos afroamericanos aseveran que los hispanos, por su gran número, podrían tener un impacto más fuerte en sus comunidades y aun más allá, si se interesaran más en la política y movilizaran a su gente para votar. Además, las diferentes historias políticas y experiencias culturales de nuestros pueblos nos llevan a diferentes campos cuando dialogamos sobre la acción afirmativa o la educación bilingüe. Las presiones múltiples en ambas comunidades con frecuencia resultan en hostilidades obvias, en violencia y enfrentamientos que han sido causa de preocupación para todos.

1. Raíces históricas

Las comunidades hispanas y afroamericanas compartimos algunas raíces históricas. Aunque algunas veces no pensamos en ello, los estadounidenses de origen español o africano tienen historias ricas y honorables que se remontan a los principios del siglo XVI en

los continentes de América del Norte y del Sur, y aun más, a la antigüedad en España y África. Los exploradores y colonizadores españoles llegaron aquí en los primeros años de 1500. Durante esos mismos años, hombres, mujeres y niños africanos fueron esclavizados brutalmente en América del Norte, Central y del Sur, tanto como en las islas del Caribe. Los españoles trajeron su larga tradición de fe católica que se enfrentó con la vida profundamente religiosa de los pueblos nativos. Los africanos trajeron consigo sus religiones tradicionales, ricas y propias de ellos.

2. Antecedentes y experiencias raciales comunes

Mucha de nuestra gente comparte los mismos antecedentes raciales. Muchas personas de Centro y Suramérica son en parte descendientes de africanos debido a la tragedia del comercio de esclavos. El censo nacional de 1990 nos dice que un número alto de hispanos se identifica racialmente como negro. Esto cambia mucho de diócesis a diócesis. Por ejemplo en Jackson, Mississippi, un 27 por ciento de hispanos se identifica como negro; en Nueva York un 15; y en Lafayette, Louisiana un 12. En otras diócesis esto es mucho más bajo, un 2 por ciento en Houston y Los Ángeles. Por todo Estados Unidos unas 800,000 personas se identifican como hispanas y también como negras.

Con la inmigración de los últimos quince años, tanto la comunidad afroamericana como la hispana se han vuelto más diversas culturalmente. Entre las personas negras, encontramos números crecientes que proceden de Haití, Panamá, partes del Cabo Verde y de Nigeria. En la comunidad hispana, el número de personas de República Dominicana y de países suramericanos ha aumentado. Esta diversidad interna presenta nuevas complejidades y desafíos para nuestras relaciones, especialmente en lo que concierne a la aceptación y rechazo de los grupos.

Aunque algunos de nosotros compartimos pasados raciales, todos compartimos en diferentes grados el mal de la discriminación, del prejuicio racial y de la opresión que ponen en peligro la misma identidad de la sociedad estadounidense. En el documento *Nuestros Hermanos y Hermanas*, toda la conferencia de obispos ha hablado con fuerza y repetidamente contra el pecado del racismo.

El racismo es un mal que perdura en nuestra sociedad y en nuestra Iglesia. A pesar de los avances aparentes y aun con los cambios significativos que han ocurrido en las últimas dos décadas, la realidad del racismo permanece. En gran parte es sólo las apariencias externas que han cambiado.⁴

En esa misma carta, los obispos prosiguen,

¡Que grande es ese pecado del racismo que debilita el testimonio de la Iglesia como signo universal de unidad entre todos los pueblos! ¡Que grande es el

escándalo que dan los católicos racistas cuando hacen del Cuerpo de Cristo, la Iglesia, un signo de opresión racial! Sin embargo, con mucha frecuencia, la Iglesia en nuestro país ha sido para muchos una 'Iglesia blanca', una institución racista.⁵

3. Compartiendo los vecindarios

A pesar de nuestras diferencias, tenemos mucho en común. Ante todo, sabemos por nuestras experiencias pastorales que afroamericanos e hispanos con frecuencia viven en los mismos vecindarios dentro de nuestras diócesis y parroquias. Las personas negras e hispanas viven en todas nuestras comunidades diocesanas y dos terceras partes de nuestras diócesis tienen por lo menos diez mil residentes de cada grupo. Seis de las diócesis metropolitanas más grandes tienen comunidades hispanas y afroamericanas de más de medio millón. Además, las 19 diócesis con más de medio millón de residentes hispanos o negros, tienen también comunidades nutridas, aunque más pequeñas, del otro grupo.

El crecimiento en el número de recién llegados y la cambiante composición de las olas de inmigración desde 1980 hasta el presente han causado cambios demográficos dramáticos en los Estados Unidos. Como resultado, hoy día en muchas de nuestras diócesis, nuestras dos comunidades combinadas forman una parte sustancial de los barrios diocesanos, y en algunos centros urbanos constituyen la mayoría de la población.

4. Familias extendidas

Algunos de nuestros hogares incluyen diferentes familias o lo que se llama familia extendida. Se pueden encontrar dos o tres generaciones en un mismo hogar. Pero los cambios tan rápidos en cuanto a las costumbres sexuales, la familia y la cultura en la sociedad estadounidense han tenido un impacto en las familias hispanas y negras. En 1992, un 52.9 por ciento de las familias negras y 31.8 de las hispanas estaban bajo el cuidado de sólo el padre o la madre. Hasta el principio de la década de 1970, la mayoría (68 por ciento) de las familias afroamericanas tenía padre y madre. Para 1992, menos de la mitad (47.1 por ciento) eran familias con ambos cónyuges.⁶ Sin embargo, el sentido de familia como el centro donde se encuentra cariño y fuerza permanece entre muchos. Las iglesias protestantes negras tradicionalmente han sido una fuerza estabilizadora y de gran apoyo para las familias, especialmente para las que tienen hijos. En algunas comunidades, el islamismo está haciendo una contribución similar. Para los hispanos, la familia extendida, que con frecuencia incluye abuelos y padrinos, ha sido tradicionalmente el centro de actividades importantes, especialmente de celebraciones religiosas.

5. Recursos socioeconómicos limitados

Muchos entre nosotros son pobres. Como la discriminación racial es sistemática en nuestro país, las limitaciones socioeconómicas están intrínsecamente conectadas con ella. Un gran número de nuestros hogares afroamericanos e hispanos están atrapados en el ciclo cruel de escuelas inadecuadas, desempleo, bajos sueldos y alto grado de pobreza. Según la oficina del censo, en 1992 el ingreso medio de familias negras era 57.6 por ciento y de las hispanas un 65 por ciento del ingreso de las familias blancas. En 1991, entre los hombres blancos el salario medio en un empleo de tiempo completo era \$30,266. Entre los hombres negros la cifra comparable era \$22,075 y para los hombres hispanos \$19,771. Estas estadísticas nos recuerdan que el grado de pobreza es muy alto en nuestras comunidades. Entre la población de los blancos no hispanos, una de cada diez personas (9.6 por ciento) era pobre en 1992. En contraste con eso, los afroamericanos son probablemente tres veces más pobres (33.3 por ciento) y casi lo mismo entre los hispanos (29.3 por ciento).⁷

Los niños constituyen el grupo más grande de las personas que viven y mueren en la pobreza. De los niños menores de ocho años que viven en la pobreza, 14.7 por ciento son negros y 12 por ciento son hispanos. Ambos grupos de niños viven en mayor pobreza que los niños blancos, bien sea que vivan con uno o dos de sus padres.

La pobreza y las escuelas inadecuadas van con frecuencia mano a mano. A pesar de algunas mejoras, los logros escolares de los niños afroamericanos y de los hispanos son constantemente más bajos que los de la población en general. Esto se puede deber en parte a métodos equivocados para la enseñanza y las pruebas. En 1980, un 66.5 por ciento de la población nacional terminó la secundaria; pero sólo un 51.2 por ciento de los afroamericanos y un 44 por ciento de los hispanos. En 1990, los estudiantes afroamericanos que se graduaron de secundaria aumentó a un 63.1 por ciento y los hispanos a un 49.8 por ciento. Ambas cifras están todavía muy por debajo de las que describen a la población en general. Un estudio más reciente del año 1995, muestra los adelantos que la población afroamericana ha tenido en el campo de la educación. Sin embargo, los niveles educacionales para los hispanos no han cambiado. Esto aún deja a la mitad de la población hispana y a más de la cuarta parte de la población afroamericana sin un diploma de secundaria, limitando de esta forma su progreso económico y perpetuando el ciclo de pobreza.

En 1980, un 16.2 por ciento de la población nacional tenía diploma universitario. Para 1990, era un 20.3 por ciento. En el mismo período, el número de los afroamericanos que se graduó de universidad aumentó de un 8.4 a un 11.4 por ciento. Los hispanos progresaron de un 7.6 a un 9.2 por ciento. El porcentaje de los que obtuvieron su doctorado bajó en ambas comunidades y el número de doctores, abogados y científicos hispanos y afroamericanos es alarmantemente bajo.

Aunque la pobreza, el desempleo y la limitación en la escuela pueden llevar a la ira y a la frustración, la mayoría en ambas comunidades tiene un fuerte compromiso de com-partir sus bienes con los más desafortunados. En las comunidades negra e hispana

hay una determinación creciente de fomentar grupos de auto-ayuda y de resolver las desigualdades desde dentro de cada comunidad con o sin ayuda del gobierno. A pesar de algunas controversias, el Desfile de un Millón de Hombres (*Million Man March*) añadió fuerza a grupos de auto-ayuda desde la base en los barrios negros.

6. Dirigentes espirituales comunes

Como católicos, estamos unidos por la espiritualidad de Martín de Porres y de Estevanico, dos hombres cristianos de descendencia africana y reconocidos por su caridad y sabiduría espiritual. El limeño Martín de Porres, hermano lego dominico, fue canonizado por el Papa Juan XXIII. Estevanico, un africano de España, sirvió con los primeros misioneros españoles en la expedición de Fray Marcos de Niza en el territorio que ahora se conoce como Arizona y Nuevo México.⁸

Otra figura inspiradora es Santa Rosa de Lima, peruana del siglo XVII, conocida por su belleza física y su humildad. Practicó grandes mortificaciones y penitencias; imitaba la vida de Jesús mientras vivía como una ermitaña. Con su vida de oración, ella emprendió la evangelización de los indígenas.

La larga historia de la opresión sistematizada de los afroamericanos desde la esclavitud hasta mediados del presente siglo es bien conocida y está bien documentada. Mientras los hispanos no han sufrido esclavitud, algunos son también un pueblo conquistado y sistemáticamente excluido de la sociedad estadounidense debido a prejuicios, racismo y segregación. En nuestras luchas por vencer las tantas injusticias que hemos sufrido, hemos recibido la gracia de tener hombres y mujeres de una fe profunda y de gran valentía, cuyo ejemplo de perseverancia en medio de la oposición nos impulsan a confrontar los desafíos de nuestros días.

En el siglo XIX en Nueva York, Pierre Toussaint, quien había sido un esclavo nacido en Haití, era conocido por su piedad y caridad, y hoy día se ha introducido la causa para su canonización. Este siglo ha sido testigo de las grandes contribuciones hechas por las Hermanas del Santísimo Sacramento y las Hermanas Oblatas de la Providencia en bien de la educación de los afroamericanos.

A principios del siglo XX, Juanita Fernández Solar, conocida como Teresa de los Andes, continuó la larga tradición de los místicos en la Iglesia. Murió a la edad de 19 años después de sólo once meses en la vida religiosa. Se distinguió por llevar una vida contemporánea pero llena en todo sentido de Jesús; su fe le inspiró a seguirlo en su oración y en su agonía durante su pasión.

7. Dirigentes morales contemporáneos

El Dr. Martín Luther King, Jr. y César Chávez tienen un lugar prominente entre estos dirigentes. Como Mahatma Gandhi, nunca se sintieron intimidados cuando hablaban

por los que no tenían voz exigiendo un trato justo e igual para todos. La fe bíblica y la espiritualidad bautista del Dr. King lo sostuvieron al convertirse en el dirigente de un movimiento pacífico desde las bases que buscaba terminar con la segregación, corregir las condiciones injustas en el trabajo y defender los derechos de aquellos a quienes él llamaba elocuente y colectivamente “el negro”. Por medio del boicoteo de tiendas, de paros, marchas de protesta, caminar en lugar de usar autobuses segregados, de campañas para registrar votantes, y con sus fuertes prédicas para despertar la conciencia, el Dr. King, junto con cientos de miles de personas que él y muchos otros organizaron, derrumbaron el andamiaje legal que apoyaba la segregación y el racismo institucionalizado. El ejemplo del Dr. King continúa siendo una poderosa inspiración para los negros que trabajan por la justicia en este país. Muchas iglesias católicas afroamericanas exhiben su retrato prominentemente como señal del lugar singular que el Dr. King ocupa en su historia.

César Chávez fue un católico devoto que no sólo creía en las enseñanzas de Jesucristo, sino que fue transformado por ellas. Ellas guiaron sus esfuerzos por lograr el trato justo de los trabajadores migrantes. Él enseñó a los campesinos la doctrina social del Papa León XIII durante juntas de huelguistas. Pero no sólo formó sindicatos. Estableció en la comunidad organizaciones de solidaridad. Reunió a los méjicoamericanos en Delano, California, formó el grupo conocido como Campesinos Unidos (*United Farm Workers*) y dirigió una huelga contra los cultivadores locales de uvas comestibles. La lucha por obtener contratos justos fue muy larga y difícil. César Chávez rechazó la violencia siempre y se impuso un ayuno de agua, haciendo penitencia para atraer la atención nacional hacia los salarios descaradamente injustos y a las condiciones de trabajo y de vida de los trabajadores hispanos migrantes en California. No fue solamente uno de los grandes dirigentes de los trabajadores en este siglo, sino también un ejemplo heroico de liderazgo moral católico.

Una de nuestras contemporáneas, la Hna. Thea Bowman fue una evangelizadora y educadora que predicaba la Buena Nueva a todas las personas y promovía infatigablemente el orgullo en la cultura negra. La Hna. Thea fue una religiosa de las Hermanas Franciscanas de la Adoración Perpetua que elocuentemente y con gran dignidad vivió una vida de compromiso profundo con la Iglesia con sus presentaciones y cantos. Esto se vio claramente en su preocupación por nuestros barrios hispanos y afroamericanos y en sus presentaciones en varias parroquias hispanas.

II. Buscamos la reconciliación

Las reflexiones pastorales de nuestros sacerdotes, diáconos, religiosas, religiosos y dirigentes laicos y nuestro contacto personal con nuestra gente, nos recuerda que necesitamos trabajar para la reconciliación mutua en muchas áreas. Tanto las personas afroamericanas como las hispanas tienen diferentes puntos de vista para interpretar la experiencia de raza y lenguaje. Generalmente, la experiencia que los hispanos tienen de la raza es una realidad continua desde los más blancos hasta los muy morenos y todos los otros tonos entre medio. La distinción de clases frecuentemente se basa en el color de la piel. La etnia y el país hispano de origen también influyen en la percepción de raza. Debido a sus facciones más europeas, los que son rubios no son considerados como hispanos por las personas negras o blancas. Aunque sea menos evidente, los afroamericanos también tienen la experiencia de la raza de un modo continuo, desde morenos hasta negros. Las distinciones de clase se pueden basar en el color de la piel y en el grado más o menos evidente de facciones africanas. Muchos afirman que los que tienen una piel más clara son aceptados más fácilmente por la sociedad blanca. Ambos grupos están conscientes de que existe el prejuicio no sólo contra ellos y entre ellos, sino también dentro de sus propias comunidades.

Cada grupo tiene sus profundos sentimientos hacia los matrimonios interraciales. También tienen importantes sensibilidades sobre la manera cómo se les llama o se les nombra. Mientras que la mayoría de los estadounidenses con lazos al idioma español aceptan el nombre de hispano, no a todos les gusta y prefieren que se les llame méjico-americanos, cubanos, puertorriqueños y demás. En el curso de la compleja evolución desde la esclavitud hasta la fecha, las personas negras han pasado por la experiencia de adquirir una conciencia afroamericana que ha resultado en muchos apelativos incluyendo: negros, personas de color, morenos, pueblo negro, afroamericanos, africanos en América, americanos de descendencia africana y simplemente americanos.

En este contexto debemos reconocer que un número creciente de dirigentes negros e hispanos cuestionan el uso de los vocablos “minorías” y “grupo minoritario” cuando se refieren a nuestros pueblos. Están conscientes de que la legislación que apoya los derechos civiles y la justicia social en los últimos treinta años, usa esos vocablos para designar a los beneficiarios de los esfuerzos especiales para corregir las injusticias del pasado. Sin embargo, ahora se preguntan si estos vocablos están adquiriendo un significado distinto en la conciencia de este país. Cuando el noticiero de la tarde habla sobre los “problemas de las minorías” en los Estados Unidos ¿en quiénes piensan la mayoría

de los estadounidenses? “Minorías” se ha vuelto un modo de hablar de la pobreza, el analfabetismo, el desempleo, las drogas, la violencia y padres y madres solteros. Se da la impresión de que aquellos que forman “la mayoría” no tienen estos problemas, aunque realmente los tienen. Estos vocablos pasan por alto el hecho de que personas de origen europeo no constituyen la mayoría de la población en el mundo. Hay una creciente conciencia de que, así como ya no nos referimos a los luteranos, anglicanos, y bautistas por lo que no son (no-católicos) sino por lo que son (cristianos de otras tradiciones), deberíamos referirnos a los grupos étnicos y raciales por lo que son (afroamericanos, hispanos), y no por lo que no son (grupos minoritarios, esto es, no son la mayoría, no son blancos).

El lenguaje es importante para ambas comunidades—la hispana y la afroamericana. Hay una gran necesidad de apoyar toda oportunidad para que nuestra gente que habla el español llegue a hablar el inglés bien. Esto es muy importante para su propia seguridad económica y política. Al mismo tiempo, no se debe minar el gran patrimonio del idioma español y de las culturas asociadas con él. Así, la educación bilingüe es de mucho valor. Por lo tanto, no podemos apoyar las normas que exigen “sólo inglés” (English only). Muchos educadores creen que el inglés normal usado en la mayoría de textos escolares dificulta evaluar con precisión el progreso educacional de niños y jóvenes afroamericanos que se comunican con una adaptación del inglés que algunos consideran ser gramaticalmente incorrecta y otros como un legítimo dialecto urbano que llaman “inglés negro”. Cualquier opinión que se tome en esta discusión, es evidente que el conocimiento del inglés normal es de importancia capital para la seguridad económica y política de generaciones futuras entre el pueblo afroamericano. Una plena y completa participación en nuestro sistema escolar americano es importante para ambos grupos, pues están tratando de adquirir excelencia en su preparación académica que les ha eludido por mucho tiempo. No es sorprendente que nuestras escuelas católicas tengan un papel importante para ambas comunidades.

El Dr. King y César Chávez fueron profetas buscando el camino hacia la justicia, la libertad y la plena ciudadanía. Los dos estaban inspirados por una visión espiritual y ambos estaban comprometidos con un método colaborativo en sus esfuerzos por el cambio. Los católicos afroamericanos e hispanos también deben guiarse por una visión espiritual y por un compromiso de trabajar juntos ahora que continuamos esforzándonos por renovar nuestra sociedad y nuestra Iglesia. El trabajar unidos al hablar sobre las necesidades urgentes de nuestro tiempo nos dará mayor fuerza y mejorará nuestras posibilidades de lograr lo que buscamos.

Es indudable que los cristianos debemos continuar luchando por erradicar la plaga del prejuicio y de la discriminación de nuestro carácter nacional. Las noticias principales diarias confirman que aquellos que quieren retroceder a tiempos anteriores en el progreso social están dando grandes pasos. Los gobiernos estatales y el federal continúan quitando programas que ofrecen recursos escolares, económicos, para vivienda y para el cuidado de la salud entre los pobres. Especialmente los hogares con niños, los barrios con gran número de habitantes afroamericanos e hispanos serán los primeros en sufrir las consecuencias. Si juntos alzamos nuestras voces a favor de los más necesitados, tendremos mayor posibilidad de ser escuchados.

Muchos estados están ahora buscando no sólo limitar la inmigración sino también imponer restricciones en los servicios que se prestan a los inmigrantes. Debemos recordar a los ciudadanos estadounidenses que esta es una nación de inmigrantes. Al mismo tiempo que respetamos la necesidad de leyes de inmigración razonables, debemos unirnos a nuestro pueblo para exigir que sean aplicadas justamente, a fin de que, como nación y como Iglesia, podamos continuar dando la bienvenida a los extranjeros que vienen a nuestras tierras, especialmente a aquellos que vienen huyendo de sufrimientos políticos y económicos.

Es evidente a todos los estadounidenses que si las leyes que apoyan el racismo y la segregación abierta han muerto, las profundas actitudes que llevaron a que se establecieron no han desaparecido. Nuestros pueblos se enfrentan con muchas formas de discriminación en su vida diaria. En años recientes, grupos pequeños y agresivos, militantes y organizados, están comprometidos a la “supremacía blanca”, tales como las “cabezas rapadas”, han declarado muy públicamente su odio por los que son diferentes a ellos. Esto es especialmente lamentable porque muchos de ellos son jóvenes. Mientras tanto, nuestros propios jóvenes crecen impacientes, y encuentran difícil buscar el cambio sin violencia. Por lo tanto, la educación y formación de la juventud hispana y afroamericana para entenderse mutuamente son urgentes.

En su encíclica *Hacia el Tercer Milenio*, el Papa Juan Pablo II subraya la responsabilidad singular de la juventud para el futuro de la Iglesia. Sus palabras bien pudieran ser dirigidas a nuestros jóvenes hispanos y afroamericanos.

El futuro del mundo y de la Iglesia pertenece a las *jóvenes generaciones* que, nacidas en este siglo, serán maduras en el próximo, el primero del nuevo milenio. *Cristo escucha a los jóvenes*, como escuchó al joven que le hizo la pregunta: “¿Qué he de hacer de bueno para conseguir la vida eterna?” (Mt 19,16)... Los jóvenes, en cada situación, en cada región de la tierra no dejan de preguntar a Cristo: *lo encuentran y lo buscan para interrogarlo a continuación*. Si saben seguir el camino que Él indica, tendrán la alegría de aportar su propia contribución para su presencia en el próximo siglo y en los sucesivos, hasta la consumación de los tiempos: “Jesús es el mismo ayer, hoy y siempre”.⁹

Cuando las personas se sienten vulnerables o amenazadas, es difícil para ellos pensar en las necesidades de otros. Esto nos ayuda entender por qué algunos miembros de nuestras comunidades no se buscan unos a otros ni tratan de ayudarse mutuamente en momentos de lucha, como por ejemplo en conflictos de pandillas en el barrio. Los padres de familia y los dirigentes religiosos pueden sentirse tan preocupados por el bienestar de aquellos por quienes son inmediatamente responsables que pueden aparecer indiferentes y aun opuestos a otros que están también involucrados. No es fácil cambiar del enojo y la sospecha al respeto y la tolerancia, y del respeto y la tolerancia a la comprensión y la cooperación. Esto puede ser especialmente cierto cuando nos vemos forzados a competir unos con otros por limitados recursos escolares, económicos y de recreo en comunidades cercanas. Si un grupo

Reconciliados en Cristo

parece que recibe la atención del gobierno local y el otro no, la competencia y el conflicto crecerán. Esto también puede ser el caso cuando católicos hispanos y católicos afroamericanos forman el equivalente de dos parroquias distintas dentro de un solo edificio parroquial. Es difícil que personas en estas circunstancias vean más allá de sus propias luchas para ser reconocidos y para tener su identidad y abrir su corazón y mente para apreciar los dones y contribuciones que los otros hacen a la comunidad y a la Iglesia.

III. Celebramos nuestro progreso

Como obispos, estamos agradecidos por medio siglo de esfuerzos nacionales en el apostolado entre nuestras comunidades afroamericanas e hispanas. Tenemos mucho de qué alegrarnos. Por todo el país, hay parroquias que resuenan con la exuberancia de las liturgias en español y en inglés y que reflejan la riqueza del culto católico con las expresiones de fe de las culturas hispana y afroamericana y que se caracterizan por su gran cariño y hospitalidad familiar. Estas liturgias hablan al corazón, a la mente y al espíritu, al celebrar con música llena de fervor, con la viveza de los aplausos rítmicos y la espontaneidad con que abrazan al prójimo.

En la Conferencia Nacional de Obispos Católicos, las voces de nuestras comunidades se hacen presente en veinte y tres obispos hispanos y trece obispos afroamericanos. Hace cincuenta años no había ningún obispo de nuestras comunidades. Esperamos que estos números crezcan. Las oficinas nacionales que sirven a los católicos hispanos y afroamericanos están promoviendo los esfuerzos para producir publicaciones catequéticas multiculturales, incluyendo recursos para el nuevo *Catecismo de la Iglesia Católica*. Los esfuerzos nacionales por medio de los tres Encuentros, han sido esfuerzos bien centrados para hacer ver la presencia hispana y dar dirección al apostolado hispano en la Iglesia en los Estados Unidos. Los dos congresos contemporáneos nacionales de católicos negros han renovado esa comunidad y la han hecho más visible ante el grupo más grande de las otras iglesias cristianas negras. Estos esfuerzos nacionales tienen un mayor impacto cuando se refuerzan con los esfuerzos de grupos desde la base que requieren el apoyo de todos los que laboran en la pastoral.

En muchas diócesis, especialmente aquellas con numerosos miembros afroamericanos e hispanos, se han establecido oficinas para la pastoral hispana y negra. Más y más, dentro de los esfuerzos para toda una diócesis—tales como sínodos—la conciencia de la presencia de diversos grupos se refleja tanto en la preparación como en los resultados. Cada vez más, las oficinas diocesanas con diferentes responsabilidades les piden a las parroquias y a sus feligreses que sean sensitivos e incorporen la diversidad cultural y racial en sus programas.

Una contribución importante de las comunidades afroamericana e hispana a toda la Iglesia ha sido mostrar la universalidad y catolicidad de la Iglesia como una realidad en los Estados Unidos. En su primera carta a los Corintios, San Pablo nos recuerda que todos los dones que el Espíritu imparte a los diferentes miembros de la Iglesia son para el bien común. “Hay diferentes dones espirituales, pero el Espíritu es el mismo; hay

Reconciliados en Cristo

diversos ministerios, pero el Señor es el mismo; hay diversidad de obras, pero es el mismo Dios quien obra todo en todos” (1 Cor 12:4-6). En *Evangelii Nuntiandi*, el Papa Pablo VI nos enseñó que el reino de Dios proclamado en el Evangelio toma su forma concreta en las vidas de los seres humanos que están profundamente configurados por su cultura particular.¹⁰

Damos gracias a Dios por las muchas formas en que los católicos hispanos y afro-americanos han contribuido sus dones a la Iglesia. Sin embargo, las necesidades de la Iglesia y los signos de los tiempos nos urgen a hacer aún más. Mediante nuestras comunidades podemos acercarnos a las comunidades asiáticoamericanas y nativo-americanas católicas quienes han experimentado tensiones similares. Nuestros esfuerzos tendrán mayor impacto si nuestras comunidades colaboran.

IV. Trabajamos juntos

Nosotros, los católicos afroamericanos e hispanos hemos enriquecido a la Iglesia católica en los Estados Unidos con nuestras experiencias de fe. Muchos de nuestros pueblos tienen la bendición de un sentido natural de fascinación ante la presencia del poder, misterio y amor de Dios. La vida de fe de nuestros pueblos ha estado enriquecida con devociones populares y oraciones en familia que han encontrado su expresión en muchos aspectos de su vida diaria.

Estas semejanzas en nuestra espiritualidad deberían ayudarnos a apreciar los esfuerzos que hacen nuestros dirigentes pastorales, incluyéndonos a nosotros los obispos, nuestros liturgistas, teólogos, músicos, artistas, poetas, arquitectos y maestros espirituales a continuar desarrollando y adaptando nuestras expresiones litúrgicas en todo lo que sea posible para la auténtica manifestación de nuestras experiencias religiosas. Esto se debe hacer en comunión con toda la Iglesia y con fidelidad a las enseñanzas del Concilio Vaticano II.

Nuestra espiritualidad y nuestra expresión litúrgica tan diversas pueden ser un desafío particularmente cuando nuestros pueblos rinden culto en la misma parroquia y compiten por los recursos litúrgicos. Algunas veces parece que el grupo más dominante empuja hacia afuera al más pequeño. Los esfuerzos para celebrar juntos en ocasiones especiales son difíciles por las grandes diferencias de lenguaje, música y estilo litúrgico. Debemos resistir la tentación de mostrar formas negativas de orgullo religioso y étnico. No se debe ni sugerir que unas expresiones litúrgicas particulares y prácticas de la fe de un grupo son más católicas que las de otro grupo. Esta es una de las muchas áreas en que necesitamos el don de la paciencia cuando trabajamos juntos. Nos podemos cansar, pero no debemos abandonarlo todo. Todos nosotros queremos ofrecer “espacio abundante y bueno”, y anunciar desde nuestro corazón que “mi casa es tu casa”. Como obispos, debemos explorar modos de mejorar nuestra propia comunicación y fortalecer los lazos de cooperación.

En todos nuestros esfuerzos, las palabras de San Pablo pueden apoyarnos al trabajar “humildes, amables, pacientes y soportándonos unos a otros con amor. Manteniendo entre [nosotros] lazos de paz y permaneciendo unidos en el mismo espíritu” (Ef 4:2-3). Si nosotros, obispos hispanos y afroamericanos, trabajamos unidos de esta manera, el Señor Jesús, con toda seguridad, será nuestra luz aun en un mar tempestuoso. Y por Su gracia, cada uno de nosotros puede llevar Su luz a nuestro mundo.

Al acercarse el año 2000 y el tercer milenio del cristianismo, la voz de Cristo es una trompeta que nos llama a la reconciliación y a una mayor colaboración. María, la Madre de Jesucristo, la madre del supremo reconciliador es nuestro modelo y nuestra guía.

Podemos edificar puentes, y podemos cruzar esos puentes sólo por el llamado de Cristo a amar como Él nos llama a ser verdaderamente católicos hispanos y verdaderamente católicos afroamericanos:

Pónganse, pues, el vestido que conviene a los elegidos de Dios, por ser sus santos muy queridos; revístanse de sentimientos de tierna compasión, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia. Sopórtense y perdónense unos a otros, si uno tiene motivo de queja contra otro. Como el Señor los perdonó, a su vez, hagan lo mismo. Haciendo todo con amor, todas las cosas concurrirán a la unidad y alcanzarán la perfección. Que la paz de Cristo reine en sus corazones; ustedes fueron llamados a encontrarla, unidos en un mismo cuerpo. Finalmente, sean agradecidos (Col 3:12-15).

¿Qué podemos hacer juntos? Un buen punto de partida será repasar juntos el plan pastoral negro y el hispano.

Los planes pastorales

Elementos claves del Plan Pastoral Nacional para los Católicos Negros

El plan fue la culminación del Congreso Nacional para Católicos Negros que tuvo lugar en Washington, D.C., del 21 al 24 de mayo de 1987. Durante los dos años en que se planeaba el Congreso, hubo un proceso de consulta extensa en las diócesis de los Estados Unidos. Cada diócesis tuvo un Día de Reflexión para discernir los puntos relacionados con la evangelización de los afroamericanos a nivel local. Se recogieron las metas y los objetivos diocesanos expresados por los participantes y se enviaron a un comité central de planificación, donde los elementos comunes se transformaron en un coherente plan nacional de evangelización.

El Plan Pastoral Nacional para los Católicos Negros fue adoptado por todos los obispos en 1989. Fue un compromiso con la comunidad afroamericana y una promesa de apoyo al celo de los católicos negros.

El plan abarca tres amplias áreas: (1) la identidad católica de los católicos afroamericanos, (2) el ministerio y el liderazgo dentro de la comunidad católica afroamericana, y (3) la responsabilidad de esta comunidad de extender la mano a la sociedad. Dentro de estas áreas hay tales temas como cultura, familia, juventud, espiritualidad, liturgia, ministerio, liderazgo laico, parroquias, escuelas, acción social y desarrollo comunitario. El Plan Pastoral sirve como el camino a seguir para la evangelización—por medio del cual la comunidad afroamericana participa activamente en la obra de evangelización de la Iglesia.

Elementos claves del Plan Pastoral Nacional para el Ministerio Hispano

El plan hispano se desarrolló como un plan estratégico por medio de los tres encuentros nacionales. El Plan Pastoral Nacional para el Ministerio Hispano se fija particularmente en la Iglesia como misionera, comunitaria y participativa. Tiene cuatro prioridades pastorales: pastoral de conjunto, un proceso colaborativo e integrante que muestra un apostolado compartido abierto y responsable del bien común de sus miembros; evangelización, que reconoce, desarrolla, acompaña y apoya las pequeñas comunidades eclesiales y los grupos eclesiales que promueven experiencias de fe y conversión; opción misionera que promueve la fe y la participación efectiva en la vida y las estructuras de la Iglesia; y formación, hecha dentro del contexto cultural de la comunidad a quien se sirve y promueve el desarrollo de habilidades para la construcción del Reino de Dios.

El plan se elaboró con mucha participación de dirigentes laicos que trabajaban con el clero, religiosas y obispos en el sector diocesano, regional y nacional de la Iglesia y se desarrolló a lo largo de un proceso largo de dos años. El plan

- Sirve para formar, evangelizar, catequizar y capacitar a dirigentes laicos en la Iglesia dándoles sentido de ser titulares de la Iglesia y promoviendo la co-responsabilidad para la construcción del Reino de Dios.
- Promueve la solidaridad entre varias comunidades al implementar una visión común para la construcción del Reino de Dios y un proceso común a seguir—ver, juzgar, actuar, celebrar y evaluar.
- Ofrece lineamientos para los dirigentes pastorales y para los profesionales dentro de la Iglesia que buscan responder a las necesidades pastorales de los católicos hispanos.
- Respeta la inculturación—la relación entre fe y cultura—al dar a conocer a los fieles la palabra de Dios.
- Anima a los dirigentes laicos a hacerse responsables del apostolado entre ellos mismos.
- Es adaptable a cualquiera comunidad católica.
- Sirve como catalizador para la formación de nuevas organizaciones católicas hispanas—p. ej., teólogos, catequistas, músicos, el Concilio Nacional Católico para el Ministerio Hispano, la Asociación Nacional Católica de Directores Diocesanos para el Ministerio Hispano.

Recomendaciones específicas

Las siguientes recomendaciones específicas son algunos modos para avanzar juntos. Muchas de estas sugerencias vienen de las experiencias locales, parroquiales y diocesanas.

En la nación

- Continuar las reuniones de un grupo representativo de obispos hispanos y afroamericanos durante las reuniones en otoño y primavera de la Conferencia Nacional de Obispos Católicos (NCCB).
- Asegurar que en cualquier junta nacional de un grupo, un obispo del otro grupo esté presente.
- Consultar unos con otros en cualquier evento nacional que pudiera tener un impacto significativo en una de nuestras comunidades o en ambas.
- Dar ejemplo de esfuerzos unidos con los obispos nativoamericanos y con los dirigentes pastorales asiáticoamericanos.

En la nación y las diócesis

- Animar a los obispos hispanos y negros para que se reúnan por lo menos una vez al año.
- Responder conjuntamente a la discriminación, especialmente cuando existe en los ministerios y en las estructuras eclesiales.
- Promover el diálogo entre los dirigentes afroamericanos e hispanos y apoyar la preparación intercultural para todos los que laboren en el ministerio, p. ej., en el Centro Cultural México Americano (MACC) de San Antonio, Texas y en el Instituto para Católicos Negros de Nueva Orleans.
- Aumentar las oportunidades para que los dirigentes afroamericanos e hispanos católicos, consultores y los miembros del personal se reúnan para examinar preocupaciones comunes, p. ej., campañas unidas para inscribir votantes, examinar condiciones de jóvenes encarcelados.
- Patrocinar días para dialogar sobre las relaciones interraciales y otros temas de interés mutuo.
- Juntos hacer actos de presencia en momentos de tensión y conflicto racial en la comunidad.
- Trabajar conjuntamente para apoyar las vocaciones al sacerdocio, al diaconado y a la vida religiosa, usando como guía la publicación *Future Full of Hope: A National Strategy for Vocations to the Priesthood and Religious Life in the Dioceses and Archdioceses of the United States* [Un futuro lleno de esperanza: Estrategia nacional para vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa en las diócesis y arquidiócesis de Estados Unidos].
- Examinar conjuntamente los procedimientos para el personal y la representación en las oficinas diocesanas y en las estructuras de consulta de la Iglesia.
- Organizar conjuntamente conferencias y talleres sobre preocupaciones mutuas para los seminaristas, p. ej., sobre el apostolado en los centros urbanos.
- Ofrecer conjuntamente talleres para los dirigentes juveniles de ambos grupos.

En la parroquia

- Animar a que se tengan reuniones informales de dirigentes parroquiales hispanos y afroamericanos para escuchar sus historias e intercambiar experiencias vividas, tanto de alegría como de tristeza.
- Apoyar encuentros de sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, dirigentes laicos para que compartan su fe en un ambiente sin competencia ni amenazas.
- Examinar conjuntamente las tradiciones religiosas y culturales sobre el matrimonio, la educación de los hijos y el cuidado de los ancianos entre nuestra gente.
- Participar conjuntamente en eventos litúrgicos importantes.
- Celebrar y mostrar apreciación por la música y el arte de cada uno.
- Reunirse para estudiar el Evangelio.
 - a) Escoger una frase tomada de los Evangelios.
 - b) Dialogar cómo esa frase se vive frente al desafío de la vida diaria.

Dos programas que se han desarrollado para ayudarnos en nuestra colaboración son

- Building Bridges in Black and Brown basado en Detroit, Michigan.
- Racismo y Renovación de la Mente, Centro Cultural México Americano, San Antonio, Texas.

NOTAS

1. Constitución Dogmática sobre la Iglesia (*Lumen Gentium*) en *Concilio Vaticano II Constituciones, Decretos y Declaraciones*, n. 7.
2. Se han citado diferentes cifras al hablar del número y porcentaje de hispanoamericanos que son católicos.

La Encuesta General Social	72%
La encuesta de Andrew Greeley	70%
El estudio: Hispanos en Nueva York	85%
3. U.S. Census Bureau, Department of Commerce, *The Hispanic Population in the United States: March 1994*, Current Population Reports, PPL-26 (Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1995); *The Black Population in the United States: March 1994*, Current Population Reports, P20-480 (Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1995).
4. National Conference of Catholic Bishops, *Brothers and Sisters to Us (Nuestros Hermanos y Hermanas)*. (Washington, D.C.: United States Catholic Conference, 1979), p. 1.
5. *Ibid*, p. 8.
6. U.S. Census Bureau, Department of Commerce, *Household and Family Characteristics: March 1992*, Current Population Reports, P20-467 (Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1993); *Educational Attainment in the United States: March 1995*, Current Population Reports, P20-489 (Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1996).

Reconciliados en Cristo

7. U.S. Census Bureau, Department of Commerce, *Poverty in the United States: March 1992*, Current Population Reports, P60-186 (Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1993).
8. Cyprian Davis, "Black Spirituality: A Catholic Perspective" en *One Lord, One Faith, One Baptism* (New York: Archdiocese of New York, 1988), págs. 46-47.
9. Papa Juan Pablo II, *Tertio Millennio Adveniente* (Washington, D.C.: United States Catholic Conference, 1994), no. 58.
10. Papa Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi* (Washington, D.C.: United States Catholic Conference, 1976), no. 20.

APÉNDICE

CONTEXTO HISTÓRICO

Ministerio Hispano en los Estados Unidos

El Evangelio se introdujo en este continente y en este hemisferio hace más de 500 años. Por lo tanto, el ministerio con los hispanos y con los pueblos indígenas ha sido un proceso continuo y una parte integral de nuestra historia de la Iglesia en las Américas. En tiempos más recientes, el ministerio con los hispanos se estableció en las diócesis para responder a las necesidades pastorales y sociales de sus comunidades. En algunas diócesis, se establecieron oficinas de ministerio al empezar el siglo. En muchas diócesis del oeste y del suroeste, se establecieron Consejos para los hispanos en las décadas de 1940 y 1950.

La National Catholic Welfare Conference (título anterior de National Catholic Conference of Bishops o Conferencia Nacional de Obispos Católicos) estableció el primer Comité de Obispos para los Hispano-parlantes en 1945 bajo la dirección del Arzobispo Roberto E. Lucey, de San Antonio, Texas. El fin principal del Comité era responder a las necesidades de los trabajadores migrantes del suroeste. La oficina estaba situada en San Antonio.

Cuando se estableció ese Comité de los Obispos, la comunidad hispana se encontraba establecida especialmente en los estados que lindan con México. Pero también se veía un buen número de hispanos en otras partes del país: el medio-oeste, el noreste y la Florida.

En general, la población era relativamente pequeña y en su mayoría pobre. Muchos de los trabajadores recibían un salario bajo, vivían en casas inadecuadas, no tenían cuidados médicos, recibían poca instrucción, tenían pocas oportunidades para ir a la escuela, poco apoyo y poca ayuda. Muchos trabajadores habían venido a los Estados Unidos como *braceros* dentro del programa patrocinado por el gobierno federal (*Bracero Program*), que se estableció como una fuerza laboral contratada para apoyar la industria agrícola durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Obviamente, las necesidades de los campesinos se intensificaron durante este período.

Las muchas necesidades sociales y pastorales en diferentes partes del país obligaron a los hispanos a formar nuevas asociaciones laicas y eclesiales. Estas asociaciones fueron importantes y las comunidades las usaron como medios para una participación más activa en cuestiones de normas públicas y para responder a las necesidades sociales con que se enfrentaban las familias y dichas comunidades. La Iglesia respondió ofreciendo servicios sociales, y más tarde, estableciendo y proporcionando fondos a oficinas diocesanas y regionales e institutos pastorales para coordinar mejor los esfuerzos del ministerio hispano.

Dentro de este ambiente afirmativo y de apoyo, la Iglesia estableció una oficina para el ministerio de la comunidad hispana que llegó más allá de las preocupaciones regionales. En 1968, con la reorganización de National Catholic Welfare Conference, la oficina nacional del Comité de los Obispos para los Hispano-parlantes cambió a ser la Sección de los Hispano-parlantes, dentro del Departamento de Desarrollo Social en la nueva Conferencia Nacional de Obispos Católicos.

En 1971, la oficina se cambió a Washington, D.C. La tarea del director nacional era ir más allá de las preocupaciones sociales y materiales a las pastorales; aumentar el personal para cumplir con los desafíos que se presentaban; colaborar con las organizaciones nacionales e invitarlas a asociarse en la presente tarea. El desafío para la oficina nacional era ayudar a la Iglesia en su respuesta a las necesidades pastorales y sociales del creciente número de católicos hispanos. Su misión era abogar por las necesidades pastorales, y en los temas de normas públicas que afectaban la vida de las comunidades hispanas. En junio de 1972, estos conceptos se convirtieron en prioridades y en las bases del *Primer Encuentro Nacional Hispano de Pastoral*. Según el Papa Pablo VI, el primer *Encuentro* “fue fuente de tantas esperanzas y tanto entusiasmo”.

Las *Conclusiones del Primer Encuentro* pedían “mayor participación de los hispano-parlantes en puestos de liderazgo y donde se hacen las decisiones dentro de la Iglesia de Estados Unidos”. Además, pedían que se establecieran centros regionales y pastorales, y que se coordinaran nacionalmente, con el fin de investigar y reflexionar para desarrollar programas de formación para dirigentes cristianos en todos los ámbitos de la Iglesia. Las conclusiones de los participantes en el Encuentro afirman que “convencidos de la unidad de la Iglesia estadounidense” y de los valores de nuestra herencia, nos sentimos “movidos por el Espíritu a compartir la responsabilidad en el crecimiento del reino” entre los hispano-parlantes y los pueblos de Estados Unidos.

En el período que siguió al *Primer Encuentro* se vio el aumento de obispos hispanos, la colaboración con los obispos no-hispanos, la renovación de sacerdotes y religiosos/religiosas hispanos y los pro-hispanos, la revitalización de los movimientos apostólicos y el alentador aumento de pequeñas comunidades cristianas.

El 10 de enero de 1975, la Sección de los Hispano-parlantes se convirtió en el Secretariado para Asuntos Hispanos. Inmediatamente, durante su primer año de existencia, el Comité de Obispos convocó el *Segundo Encuentro Nacional* para responder a la necesidad de una “orientación pastoral más concreta para la Conferencia Nacional

de Obispos Católicos (NCCB)”. El año siguiente, el secretariado nacional aprovechó el Congreso Internacional Eucarístico, que se reunía en Filadelfia, para tener una junta de líderes en el ministerio nacional para consultar y decidir las prioridades, particularmente las de la gente de base en las comunidades hispanas. “Sobresalieron tres prioridades: unidad en el pluralismo, educación integral y cambio social (especialmente para promover mayor respeto para los hispanos). Cada prioridad ponía atención especial a los líderes y a la juventud” (*Proceedings of the II Encuentro Nacional Hispano de Pastoral*, p. 24).

Los participantes en la reunión nacional fijaron el verano de 1977 para la fecha del Segundo Encuentro. Se estableció el Comité Nacional Coordinador formado por el personal del secretariado y por los directores regionales. También incluía a las cabezas de las organizaciones nacionales católicas. En enero de 1977, el Comité *Ad Hoc* de los Obispos para los de Habla Hispana apoyó y aprobó el Encuentro.

En las diferentes juntas de planificación que llevaron al Encuentro, el Comité Nacional Coordinador pronto descubrió que la “fuerza principal del proceso se encontraba en la iglesia diocesana”. El número de oficinas diocesanas para los hispanos había crecido de treinta en 1972 a más de cien en 1977. Se incluyó a los directores diocesanos en el proceso de planificación y se les invitó a una Junta Nacional de Directores Diocesanos para el Apostolado Hispano. Ochenta y dos directores diocesanos participaron. Se escogió el lema: Pueblo de Dios en Marcha, y se tomó como himno oficial, “Somos un Pueblo que Camina”. El tema fue la evangelización y cinco tópicos adicionales relacionados con las actividades que describen el concepto de Iglesia que los participantes buscaban y que incluyó *ministerios, derechos humanos, educación integral, responsabilidad política, y unidad en el pluralismo*. Más de cien mil personas de todas partes del país participaron en el proceso (*Proceedings of the II Encuentro Nacional Hispano de Pastoral*, p. 26).

En 1967 se estableció la Oficina Regional del Medio-Oeste y luego en 1972 se fundó el Centro Cultural México-Americano (MACC) para ayudar en la formación, entrenamiento y desarrollo de personal diocesano y dirigentes pastorales. En 1974 se estableció el Centro Pastoral para los Hispanos del Noreste (ahora Centro Pastoral Católico para los Hispanos del Noreste) en Nueva York (*Hispanic Ministry: Three Major Documents*, 1995, p. 29). Pero el período que siguió al Segundo Encuentro en 1977, vio la apertura de cinco oficinas regionales nuevas para el ministerio hispano. Las nuevas oficinas se establecieron en el Sureste en 1978, en el Oeste Lejano en 1979, en el Noroeste en 1981, en el Norte Central en 1982 y en los Estados Montañosos en 1984. Estas oficinas y estructuras regionales fueron de gran apoyo para el apostolado hispano y continúan siendo parte integral del ministerio hispano hoy.

Además, durante el *Segundo Encuentro* se creó un “National Youth Task Force” que se convirtió en el *Comité Nacional Hispano de Pastoral Juvenil*. Hoy día ya no existe esta organización, aunque varias veces se ha tratado de volverla a formar. En 1987 la Conferencia Nacional de Obispos Católicos reorganizó y colocó a los jóvenes dentro del Secretariado para los Laicos y la Vida de Familia. En lugar del *Comité*, las oficinas

regionales y diocesanas se han hecho responsables de coordinar el ministerio con la juventud hispana.

La buena colaboración con las organizaciones nacionales católicas hispanas durante el *Segundo Encuentro* comprobó ser un ejercicio valioso para el ministerio pastoral. Los dirigentes nacionales fueron una ayuda invaluable para el Comité *Ad Hoc* y para el Secretariado para Asuntos Hispanos. Todos los participantes sacaron mucho provecho de la coordinación nacional. Vieron la necesidad de mantenerse en contacto y de continuar colaborando con el fin de implementar las prioridades pastorales hispanas nacionales.

Como resultado de la necesidad de seguir reuniéndose, el Comité Nacional de Consultores (*National Advisory Committee - NAC*) fue creado por la Conferencia Nacional de Obispos Católicos en 1978 para asistir al Secretariado para Asuntos Hispanos. Sus miembros incluían a los directores y coordinadores de las oficinas y organizaciones regionales, a los presidentes de los institutos pastorales, los presidentes de movimientos apostólicos y los líderes de organizaciones católicas hispanas, como PADRES, HERMANAS, Comité Juvenil, Instituto de Liturgia Hispana y el Ministerio Nacional para los Campesinos. Cuando cambió el Comité *Ad Hoc* de los Obispos a ser un Comité Permanente, en 1987, el NAC fue anulado en 1990 para adaptarlo a la estructura de los comités permanentes de la Conferencia Nacional de Obispos Católicos (*NCCB/USCC*).

Los Obispos Hablan con la Virgen: Carta Pastoral de los Obispos Hispanos de los Estados Unidos se publicó en 1982. Era un mensaje de nuestro peregrinar en la historia, nuestra realidad, sobre el hecho de que somos artesanos de una nueva humanidad, y nuestra peregrinación con alegría, valor y esperanza. En 1983, todos los Obispos escribieron una carta pastoral sobre el ministerio hispano titulada: *La Presencia Hispana: Esperanza y Compromiso*. En este documento, los obispos de los Estados Unidos hicieron un llamado al ministerio hispano y afirmaron sus logros, enumeraron las urgentes implicaciones pastorales y declararon su compromiso. Lo más importante de esa carta fue que los obispos convocaron a un III Encuentro y pidieron que se analizaran las conclusiones como la base para el *Plan Pastoral Nacional para el Ministerio Hispano*.

Los obispos pidieron al “pueblo hispano que eleve su voz profética una vez más, como lo hizo en 1972 y 1977, en un III Encuentro Nacional Hispano de Pastoral, para que juntos podamos asumir responsablemente nuestros compromisos. Pedimos que se inicie el proceso para que tenga lugar un encuentro, desde las comunidades eclesiales de base y las parroquias pasando por las diócesis y regiones, hasta el nivel nacional, para culminar en una reunión de representantes en Washington, D.C., en agosto de 1985”. Además, afirmaron que reconocían “que la planificación pastoral integral debe evitar adaptaciones meramente superficiales de los ministerios existentes” (*Hispanic Ministry: Three Major Documents*, 1995, p. 19).

El Comité *Ad Hoc* de los Obispos para Asuntos Hispanos propuso cuatro objetivos para el Tercer Encuentro: a) evangelizar; b) formar dirigentes por medio del proceso mismo; c) desarrollarlo por necesidad desde la gente de base y d) fijarse especialmente en las dimensiones diocesanas y regionales del proceso. El quinto objetivo salió del *Plan*

Pastoral Nacional. Las oficinas regionales, los institutos pastorales, el Comité Nacional de Consultores, y representantes de los equipos promotores diocesanos diseñaron un proceso que preservó el modelo de comunión y participación.

El tema seleccionado fue *Pueblo Hispano: Voz Profética*, tomado de la carta pastoral *La Presencia Hispana: Esperanza y Compromiso*. Se aprobaron unas “Líneas Proféticas Pastorales” prácticas que sirven “de guías básicas, de dirección fundamental de nuestra acción pastoral” (*Hispanic Ministry: Three Major Documents*, p. 33).

El libro, *Voces Proféticas*, se publicó en 1986 para documentar el contexto histórico, el proceso, los compromisos, lo que se debía hacer después, la reflexión pastoral y las conclusiones del *III Encuentro Nacional Hispano de Pastoral*.

Las “Líneas Proféticas Pastorales” incluyen: la familia como centro del ministerio pastoral, la opción preferencial y la solidaridad con los pobres, la opción preferencial por la juventud hispana, la resolución de trabajar según la pastoral de conjunto y seguir el camino pastoral de una Iglesia evangelizadora y misionera. Las “líneas” se diseñaron para promover el liderazgo hispano y “una línea de educación integral sensible a nuestra identidad cultural” que promueve y ejemplifica la justicia, y valora y promueve a la mujer “reconociendo su igualdad y dignidad, y su papel en la Iglesia, la familia y la sociedad” (*Hispanic Ministry: Three Major Documents*, p. 33).

El *Plan Pastoral Nacional para el Ministerio Hispano* (NPPHM), aprobado por la Conferencia Nacional de Obispos Católicos (NCCB) en 1987, promueve un modelo de Iglesia que es comunitaria y participativa. El “Objetivo General” declara proféticamente la visión de la Iglesia que los dirigentes y agentes pastorales tanto hispanos como no hispanos han desarrollado y en la que han participado por muchas décadas. Aunque hay muchos nuevos dirigentes y profesionales pastoralistas que no han estado involucrados en el proceso pastoral hispano en los últimos 25 años, la visión es todavía muy relevante porque viene de la comunidad hispana. De muchas maneras, la Iglesia ha afirmado y apoyado el ministerio hispano durante este proceso, aunque no tanto como se esperaba. El propósito del proceso ha sido siempre el formar a dirigentes pastorales que sean responsables de compartir la Buena Nueva y participar en el proceso de la construcción del Reino de Dios, sin fijarse en edad, cultura, posición económica, o sexo.

“Vivir y promover. . . mediante una Pastoral de Conjunto, un modelo de Iglesia que sea: comunitaria, evangelizadora y misionera, encarnada en la realidad del pueblo hispano y abierta a la diversidad de culturas, promotora y ejemplo de justicia. . . que desarrolle liderazgo por medio de la educación integral . . . que sea fermento del Reino de Dios en la sociedad” es un desafío para todos los cristianos. Por medio de las cuatro “Dimensiones específicas” del Plan Pastoral: *Pastoral de Conjunto, Evangelización, Opción Misionera y Formación*, y con los programas y proyectos delineados, la estrategia para implementar el ministerio hispano está en manos de la Iglesia. Desde 1987, cuando la NCCB aprobó el Plan Pastoral, el ministerio hispano ha tenido el mandato de implementar el modelo de Iglesia en el que tantos han participado y vivido.

Hoy día, la implementación del Plan Pastoral Nacional es integral al trabajo del Secretariado para Asuntos Hispánicos de la NCCB/USCC, las cuatro oficinas regionales, las cuatro asociaciones regionales, y más de 140 directores y coordinadores diocesanos para el ministerio hispano en los Estados Unidos. Otros departamentos y secretariados del NCCB/USCC, así como la mayoría de las asociaciones y organizaciones eclesiales nacionales y regionales, que trabajan en el ministerio hispano, utilizan el Plan Pastoral como guía y medida para desarrollar su ministerio particular. El Comité de los Obispos para Asuntos Hispánicos, y el Secretariado para Asuntos Hispánicos colaboran muy de cerca con toda esta red de trabajo pastoral.

REFERENCIAS

- CELAM. *Santo Domingo: Nueva Evangelización, Promoción Humana, Cultura Cristiana*. Santafé de Bogotá, Columbia: Ediciones Paulinas, FSP-SAL, 1992.
- Galerón, S., R.M. Icaza, R. Urrabazo, eds. *Visión Profética: Reflexiones Pastorales sobre el Plan Pastoral Nacional para el Ministerio Hispano*. Kansas City, Mo.: Sheed and Ward and the Mexican American Cultural Center, 1992.
- National Conference of Catholic Bishops. *Conclusiones: Primer Encuentro Nacional Hispano de Pastoral*. Washington, D.C.: United States Catholic Conference, 1972.
- . *Hispanic Ministry: Three Major Documents (La Presencia Hispana: Esperanza y Compromiso [1983], Plan Pastoral Nacional para el Ministerio Hispano [1987], Voces Proféticas: El Documento del Proceso del III Encuentro Nacional Hispano de Pastoral [1986])*, edición bilingüe. Washington, D.C.: United States Catholic Conference, 1995.
- . *Strangers and Aliens No Longer, Part One*. Washington, D.C.: United States Catholic Conference, 1993.
- U.S. Census Bureau, Department of Commerce. *Hispanic Americans Today*. Current Population Reports, P23-183. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1993.
- . *The Hispanic Population in the United States: March 1994*. Current Population Reports, PPL-26. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1995.
- . *Statistical Abstract of the United States: 1992*, 112th ed. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1992.

Catolicos Negros en los Estados Unidos

A través de peligros, fatigas y trampas
he pasado ya;
la gracia de Dios me ha mantenido salvo
hasta aquí. Y su gracia me llevará a casa.

Amazing Grace, Verso 4

El 10 de julio de 1793, seis barcos llegaron de la isla Hispaniola que ahora se conoce como Haití y la República Dominicana trayendo a los negros que formarían el núcleo de la comunidad creyente negra. Esta comunidad se estableció en el Seminario de Santa María en la calle Paca en Baltimore que luego sería la primera parroquia católica negra en Estados Unidos. Los jesuitas establecieron la parroquia de San Francisco Javier en 1864. Antes de la llegada de estos barcos ya había 3,000 esclavos católicos en Maryland y en 1800 había grandes comunidades de católicos negros en el sur de Maryland, en el sur de Louisiana, en el sur de Missouri y en el oeste de Kentucky.

Aunque la comunidad católica no estaba exenta del mal de la esclavitud, aun durante esos días difíciles los católicos negros perseveraban. En 1829 la comunidad haitiana, que se reunía en la capilla de la planta baja del Seminario de Santa María en Baltimore, creó la primera comunidad religiosa estadounidense negra. Elizabeth Lange, una haitiana, pidió la ayuda de otras tres mujeres negras para enseñar a los niños. En 1831, el papa Gregorio XVI dió su aprobación a las Hermanas Oblatas de la Providencia. A pesar del constante racismo y sexismo de esos tiempos, las Hermanas Oblatas de la Providencia establecieron escuelas y orfanatos para niños negros. En 1842, Henriette Delille fundó a las Hermanas de la Sagrada Familia en Nueva Orleans, Louisiana, a pesar de inmensas dificultades. Las Hermanas de la Sagrada Familia servían y educaban a los esclavos y a los pobres negros de la ciudad. Establecieron un hospicio para los enfermos pobres, pero a otros los cuidaban en sus casas; establecieron un orfanato, y más adelante, fundaron una escuela para niñas de familias negras emancipadas. Hoy no hay congregaciones negras para hombres, sin embargo hay congregaciones que ejercen su ministerio en las comunidades negras.

El siglo XIX presentó las primeras oportunidades para que los negros se establecieran en la Iglesia Católica Romana. En los últimos años de 1800, los tres hermanos Healy, hijos de un dueño de esclavos y de su esclava, llegaron a ser sacerdotes. James A. Healy, ordenado en París en 1854, fue un sacerdote de la diócesis de Boston y más tarde fue nombrado Obispo de Portland, Maine en 1875; Alexander Sherwood Healy fue ordenado sacerdote en 1858 y también se le asignó a la diócesis de Boston y Patrick F. Healy, que entró con los jesuitas, hizo sus estudios en Louvain y fue ordenado sacerdote en 1865. Más tarde, el Padre Patrick Healy llegó a ser presidente de la Universidad de Georgetown, aunque mantuvo su identidad negra en secreto. Healy nunca se identificó con la comunidad católica negra ni en sus acciones ni en sus relaciones. El primer sacerdote reconocido como negro que se identificó completamente con la comunidad católica negra fue Augustus Tolton, que había sido esclavo. A pesar de alguna oposición, el P. Tolton se ordenó en Roma en 1886 y se le asignó a Alton, Illinois. El Padre Tolton dedicó su tiempo a predicar, enseñar, hablar, escribir y estar presente con su pueblo. Cuando murió en 1897, a la edad de 43 años, la comunidad católica negra en los Estados Unidos sintió profundamente su muerte.

A finales del siglo XIX los americanos negros empezaron a reunirse en convenciones y congresos. Daniel Rudd, editor de *American Catholic Tribune*, un periódico semanal establecido para dar a conocer más la Iglesia católica entre la comunidad negra, fue responsable de la organización del primer Congreso Católico Negro. Durante cinco congresos, entre 1889-1894, se trató sobre la fundación de escuelas católicas, incluyendo escuelas industriales, especialmente para niños negros, de la admisión de los negros en los sindicatos de trabajadores, de poner fin a viviendas inadecuadas, de profesar la fe en la Iglesia católica, y de promover la justicia social, la evangelización y la historia católica afroamericana. Lo interesante de estos Congresos es que fue un movimiento laico. Probablemente la primera organización nacional laica en la Iglesia.

Hubo muchos eventos entre el último Congreso Católico Negro en 1894 y la siguiente etapa de Congresos que empezó en 1987. Los años de 1960 fueron turbulentos en la Iglesia y en la sociedad. Las relaciones entre razas y el fuego del “Movimiento por el Poder y el Orgullo Negros” inició la llama para enfrentarse a las necesidades de la comunidad católica negra. Durante este tiempo surgió el *Caucus* Nacional del Clero Católico Negro, la Conferencia Nacional de Hermanas Negras, la Asociación Nacional de Seminaristas Negros y en 1970, por auto-determinación y con auto-confianza se creó la Oficina Nacional para los Católicos Negros (NOBC). NOBC estableció departamentos para educación, cultura y culto y el *Caucus* de Católicos Laicos Negros, ofreció programas y talleres dirigidos a las necesidades obvias, publicó un noticiero mensual y otro trimestral, también produjo una base de apoyo y se aseguró de respaldo financiero. Entre los más importantes bienhechores del NOBC fueron los Caballeros y las Damas de San Pedro Claver, la organización más grande de laicos afroamericanos. Por primera vez, los católicos negros hablaban como un organismo y con cierta autoridad en los foros que modelaban las esperanzas, las aspiraciones y las actividades de la comunidad negra

en general. También durante este tiempo, se hizo la pregunta: **¿Puede uno ser auténticamente católico y a la vez auténticamente negro?** La respuesta fue ¡sí! El clero, los religiosos y religiosas y los laicos negros crearon organizaciones nacionales y patrocinaron conferencias regionales y diocesanas para tratar de temas sobre la justicia social. Otro modo de responder a las necesidades de los laicos fue la fundación de las Oficinas para el Ministerio Negro en los años de 1970 y en 1978 como respuesta al crecimiento de estas oficinas, se incorporó la Asociación Nacional de Administraciones Católicas Negras. El desarrollo de estas organizaciones nacionales católicas negras, la evolución de los movimientos del poder y el orgullo negro, y la necesidad de incorporar la cultura y herencia negra en la Iglesia animó a la fundación de misiones con predicación al estilo de los negros (*revivals*), misas con música y coros típicos de su espiritualidad (*gospel music*), la ordenación de sacerdotes, de obispos, la profesión de votos de religiosas y el desarrollo de muchas organizaciones para responder a las necesidades raciales y sociales de los católicos negros. Durante este tiempo hubo un crecimiento tremendo. El aumento de obispos católicos afroamericanos en los años de 1980 llevó a la creación de *What We Have Seen and Heard* (Lo que hemos visto y oído), una carta pastoral sobre la evangelización, y el himnario *Lead Me, Guide Me Hymnal* (Muéstrame el camino, guíame). A pesar de ese gran crecimiento todavía había la necesidad de continuar respondiendo a temas de justicia social dentro de la sociedad y de la Iglesia.

El siglo XX se prestó para repetir la historia y desarrollar un nuevo grupo de eventos históricos. Al continuar la tradición establecida por Daniel Rudd, el sexto y el séptimo Congresos Nacionales de Católicos Negros se llevaron a cabo en Washington, D.C. en 1987 y en Nueva Orleans, Louisiana, en 1992. La atención de estos congresos se fijó nuevamente en los mismos temas que se habían considerado 100 años antes. Los temas fueron historia y cultura afroamericana, desarrollo del liderazgo laico, desarrollo de la comunidad y la familia afroamericana. El Congreso de 1987 produjo el Plan Pastoral Nacional para los Católicos Negros, una estrategia de implementación para los que trabajan con las comunidades negras. El documento también habló de la inculturación, del nombramiento de más líderes negros, y el llamado a los afroamericanos a tomar una parte más activa cuando expresan las preocupaciones de los católicos negros. También, en 1987, se aprobó el Secretariado para los Católicos Afroamericanos.

En enero de 1988, se abrió el recientemente creado Secretariado para los Católicos Afroamericanos de la Conferencia Nacional de Obispos Católicos. El propósito de la oficina es “llenar un vacío en el reconocimiento de la iglesia de los católicos negros y asegurar una voz negra en los ámbitos más altos de la Iglesia”. La atención principal del Secretariado ha sido incorporar a los católicos afroamericanos mostrando su cultura, erudición y los recursos que ellos han desarrollado en la vida de la Iglesia. En 1989 los obispos de los Estados Unidos aprobaron el Plan Pastoral Nacional para los Católicos Negros con su propio documento, *Here I Am; Send Me: A Conference Response to the Evangelization of African Americans and the National Black Catholic Pastoral Plan* [Aquí estoy, envíame: Respuesta de la Conferencia a la evangelización de los Afroamericanos y

el Plan Pastoral Nacional para los Católicos Negros]. Este documento afirmó la diversidad en toda la iglesia institucional y llamó la atención a ocasiones en que se ha juzgado y actuado con racismo en la sociedad y en la Iglesia.

Al acercarnos al tercer milenio, debemos reconocer que los católicos negros han contribuido mucho a la Iglesia Católica Romana. Han sufrido muchas humillaciones, sin embargo, su fe nunca ha flaqueado. Como un tributo a esa fe, se ha establecido una campaña para la construcción de la “*Capilla de Nuestra Madre de Africa*”, dedicada por los afroamericanos en la Basílica Nacional de la Inmaculada Concepción. La campaña para dicha capilla también establece una bolsa con fondos y programas de pastoral vocacional; evangelización parroquial; ministerios a los laicos, a la juventud y a la familia; educación religiosa, y peregrinaciones a la Capilla para enriquecer la vida de la Iglesia y de la comunidad afroamericana. En 1997, la ciudad de Baltimore, Maryland, hospedará el VIII Congreso. Hay ahora setenta y una oficinas de ministerio negro.

Los 2,300,000 católicos afroamericanos tienen una historia rica como también un rico legado y cultura en la Iglesia Católica Romana.

REFERENCIAS

Edición especial the Black Catholic Community en *U.S. Catholic Historian* 7 (2,3), 1988.

Edición especial the Black Catholic Experience en *U.S. Catholic Historian* 5 (1), 1986.

G.I.A. Publications, Inc. *Lead Me Guide Me Hymnal*. Chicago: G.I.A. Publications, Inc., 1987.

National Black Catholic Congress. *The African American Family* (paquete de información para el Congreso de 1992). Washington, D.C.: National Black Catholic Congress, 1992.

———. *Our Mother of Africa Chapel* (folleto). Baltimore: National Black Catholic Congress, 1994.